

EL VIEJO VERDE



CRÓNICA MUNDANA

Redacción y administración: Factor, 4, entresuelo. :: Apartado de Correos 515 :: Teléfono 3.951

16 páginas, 5 céntimos
25 ejemplares, 75 cts.

MADRID, 2 AGOSTO 1914

Se publica los domingos
Año I :: Número 6



El amorcillo.—¡Anda, tírate!
 Ella.—¿Estará calentita?
 El amorcillo.—Tan calentita, que no vas a notar la menor impresión.





EL VIEJO, en San Sebastián.

He llegado a San Sebastián, y no necesito decir que mi primer acto, después de las molestias y de los calores del viaje, ha sido tirarme a La Concha.

La Concha está cada día más fresca, más suave, más atrayente. A los que la vemos por primera vez nos resulta irresistible. Sus olas, que parecen blancos rizos, prometedores de un cosquilleo inevitable, nos llaman con la voz de lo desconocido. ¡Qué sensación más extraordinaria produce meter la cabeza y zambullirse luego por completo en el salado líquido!

Se olvida uno de todo: del mundo, con sus pompas y vanidades; de las verbenas, de los ca-



Ella.--¿Conque acatarrado?

El.--Sí, Maruchita; un constipado terrible, y lo peor es que mi mujer está en la cama con otro que temo acabe con ella.

llos y del conde de Romanones. Como los que os quedáis en Madrid sin disfrutar de otros productos marítimos que la vil almeja reseca sois unos infelices, no podéis tener idea ni aproximada de lo que es el balneario famoso de La Concha, y en ocasiones hasta la confundiréis con la popular Concha de las judías y de las sopas de ajo.

La Concha de San Sebastián es algo distinto. También aquí se conoce la judía y la contrajudía; pero no como plato obligado, sino como entremés preparatorio de las tradicionales tracas que quema el Gran Casino.

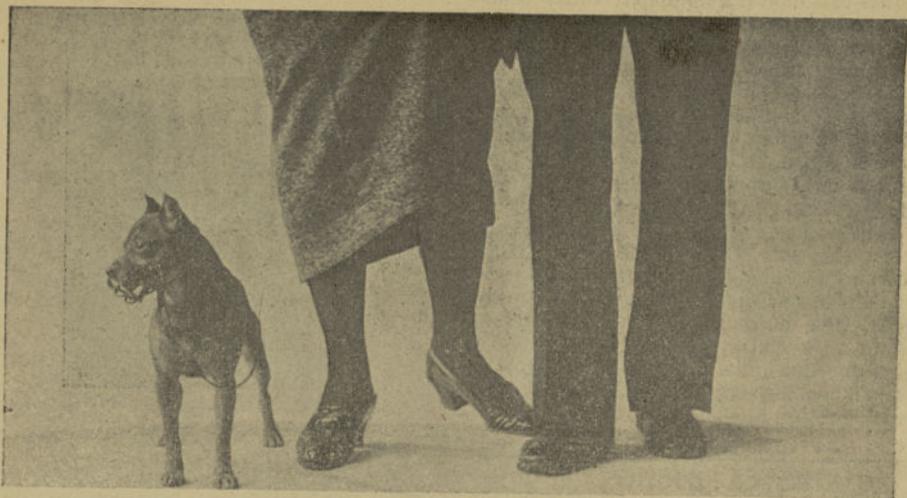
La Concha es una playa ideal, y no mentiría si os dijera que hasta voluptuosa. A diferencia de otras playas que significan un peligro por las bruscas sinuosidades del terreno, La Concha tiene una bajada suave, que invita al abandono sobre la arena. Desde los montículos de sus casetas policromas, desciende uno lentamente, dejándose caer hasta el sector humedecido por las mansas olas que en ocasiones está representado por una lengua de tierra que se introduce mar adentro hasta la célebre montaña de Santa Catalina.

Aquí todo es hermoso y *chic*. Las muchachas se meten en el baño sin preocuparse de las piernas, aunque guardando las formas, como es natural, dentro de los ceñidos y elegantes trajes que la moda balnearia ha inventado. Los caballeros van a la playa, no para ver, como atisbadores inoportunos, desde la orilla, sino para gozar bajo las ondas del placer infinito de que se les vengán encima las montañas de encajes que forma el mar.

Así vemos aquí a lo más elegante de España, empezando por López Monís, que este año se ha traído un traje de baño con guirnalda de azulinas, hasta Barriobero, que se baña con un mandil de masón, dando al aire las notas simbólicas del compás y el triángulo.

Como me he venido inesperadamente de Madrid, y esto está hermoso hasta la exageración, no puedo fijar aún el día de regreso.

Ahora busco hospedaje, para lo cual he acudido a la Bolsa de contratación de los Salones altos del Casino, donde se exhibe lo más frondoso de la cocotería hispanofrancesa.



El perro.—¡Qué atrocidad; lo que le está proponiendo a mi ama, no soy yo capaz de proponérselo a ninguna perra decente!

Aquello es una nube de encajes y puntillas (he dicho puntillas, amigo tipógrafo) que quitan hasta las ganas de almorzar. Me han dicho que allí encontraré el hospedaje provisional que busco, y así que esté instalado blandamente (que ya me duelen los huesos de las durezas de los catres hoteleros), he de escribiros una carta con detalles. Preparad espacio, si queréis tenerla larga y tendida, único medio de referir todo lo que por estas tierras ocurre.

Si no encuentro el acomodo a que aspiro, seguiré tirándome a La Concha todas las mañanas hasta el día que regrese a Madrid, para volver a soportar el inevitable polvo del tren, que tanto estropea a los hombres de mi edad.

¡Salud y fresco!



—¿Y cómo te va en tu nuevo estado?
—Encantada, aunque mi marido es un poco pesado.
—Eso va en la maña de cada una.

EL VIEJO VERDE

RAPIDA MI PARAISO

HE aquí cómo me represento la dicha suprema: un gran edificio cuadrado, sin ventanas a la calle; un gran patio rodeado de columnas de mármol blanco; en el centro, una fuente de cristal con un surtidor de plata viva de estilo árabe; granados y naranjos colocados alternativamente; encima, un cielo muy azul y un sol muy amarillo; grandes lebreles durmiendo aquí y allá; de rato en rato, negros descalzos con anillos de oro en las piernas, bellas siervas, blancas y esbeltas, vestidas rica y caprichosamente, pasarían por entre las columnas con alguna cesta al brazo o alguna ánfora sobre la cabeza... Yo, allí, inmóvil y silencioso, bajo un dosel magnífico rodeado de pilas de cojines, un león favorito bajo mi brazo, los pechos de una joven esclava bajo mis pies, a manera de escabel, y fumando opio en una gran pipa... No puedo figurarme el Paraíso de otra manera, y si Dios quiere que vaya a él después de mi muerte, me ha de mandar edificar en el rincón de alguna estrella un pequeño quiosco según este plano. El Paraíso, tal como me dicen que es, me parece demasiado musical, y confieso, con la mayor humildad, que me creo perfectamente incapaz de soportar una sonata que durase diez mil años. Ya veis, pues, cuál es mi *Eldorado*, mi tierra prometida; es un sueño como otro cualquiera; pero lo que tiene de especial es que no introduzco en él ninguna figura conocida; que ninguno de mis amigos ha traspasado el umbral de este palacio imaginario; que ninguna de las mujeres que he poseído se ha sentado junto a mí sobre el terciopelo de los cojines. Me hallo sólo en medio de mis ensue-

ños; todas esas figuras de mujeres; todas estas graciosas sombras de jóvenes con que lo pueblo, no han sido amadas nunca por mí ni he supuesto a ninguna de ellas enamoradas de mí tampoco; en aquel fantástico serrallo no me he creado sultana favorita; hay negras, mulatas, judías de piel azulada y cabellos rojos; griegas y circasianas, españolas e inglesas; pero para mí no son más que símbolos de color y de dibujo, y las tengo como se tiene un gran surtido de vinos en la bodega, y toda clase de *colibrís* en una colección: son máquinas de placer, cuadros que no necesitan marco, estatuas que acuden cuando se las llama para contemplarlas más de cerca. Una mujer tiene sobre una estatua la incontestable ventaja de que se vuelve sola del lado que uno quiere, mientras que con la última es menester, para examinarla, dar vueltas a su alrededor, lo cual fatiga.

TEÓFILO GAUTIER.

CHISTES AJENOS

Entre enamorados:

Ella.—¿Qué diferencia hay entre *imprimir* y *publicar*?

El.—Una muy notable. Yo, verbigracia, puedo *imprimir* un beso en tus labios, pero no debo *publicarlo*.

UNA TESTARUDA



El marido.—¡Que estás muy ligera de ropa y puede venir visita! ¡Que siempre te lo tengo que advertir! ¡Que no sé cómo metertelo en la cabeza!

Ella.—¡Como que eso no puede ser!



ROMAN GARCÍA

Notabilísimo concertista de guitarra. Hemos oído a Román García tocar flamenco, y aunque los de EL VIEJO VERDE no somos muy *cañís*, que digamos, hemos tenido que reconocer que cuando se posee el arte de García se dominan todas las opiniones. ¡Eres grande, Román!

CANCIONERO DE EL VIEJO VERDE

LA COQUETA

(LETRILLA LÍRICA)

Música de Marcelo Espiga. Creación de la notable artista ZAZÁ

I

Dicen que soy muy coqueta.
Yo me río.

Si la llama del amor
no me da calor ni frío,
y con todos gasto bromas
de una manera discreta,
no hay razón para tildarme
de coqueta.

II

Si me corteja un anciano,
y es notorio
que quien es Comendador
ya no puede ser Tenorio,
y me río de sus ansias
de una manera discreta,
no hay razón para tildarme
de coqueta.

III

Si hay galanes con patente
de simpleza,
y que demuestran tener
llena de humo la cabeza;
si me río cuando dicen
alguna frase indiscreta,
no hay razón para tildarme
de coqueta.

JERÓNIMO GÓMEZ.



La mamá.--¡... si no estoy enfadada contigo, vida mía, es que el proceder de tu padre me tiene despechada...!
 Juanita.--¿Despechada? ¡Qué más quisieran algunas... que tener un marido como el tuyo!

AL OÍDO...

Yo le conozco a usted.

- ¡Yo creo que conozco a usted!
- Eso mismo pienso yo.
- Pero no recuerdo dónde.
- Ni yo tampoco.

Este breve diálogo se desarrolló en la plataforma delantera de un tranvía cuando el conductor disminuía la marcha, próximo a una parada de final de trayecto. Los interlocutores eran una mujer guapa, algo achulapada, a quien acompañaba otra hembra, de edad indefinible, y un hombre joven.

Desde que subieron ellas al tranvía, la chula y el señorito no habían cesado de *tímarse*. La conversación epilogo, provisional de la aventu-

ra, la había iniciado ella, que, a punto de descender, contestando a una pregunta del pollo, dijo ruborizada una calle y un número, y precipitadamente, a otra pregunta de aquél, contestó: «¡No, no; eso no puede ser!...»

El, pasados algunos días, se dió a rondar la casa de ella hasta que logró abordarla en la calle. Hablaron. La moza, que no se asusta con facilidad, siguió el palique oponiendo cada vez menos resistencia.

—Yo quiero que comamos juntos y solos, como dos buenos amigos. De seguro que lo fuimos antes. Entre los dos nos será más fácil recordar cuándo y dónde nos conocimos, porque nosotros nos conocemos...

—Eso digo yo.

—Y yo creo eso mismo...

Conque, ¿hace?

Se finalizó la conversación quedando citados para un día próximo.

Llegado el momento, en un reservado de un café, complaciente la pareja, no se preocupó gran cosa de volver los ojos atrás para hacer cómputo de fechas ni exhumación de recuerdos, ¿para qué? Habría sido absurda la tarea cuando el presente se ofrecía con atractivos seductores...

Después de algunas horas, vueltos a la realidad, con laxitud de nervios y cansancio de cuerpos, los amigos se miraron largo rato.

—Yo no recuerdo dónde te conocí — dijo la hembra.

—Pues yo sí; lo recuerdo perfectamente.

—¿Cuándo fué?—preguntó la mujer curiosa.

El la atrajo otra vez; besó sus labios, en los que reventaba la sangre, y la dijo sin poder disimular su sonrisa, entre irónica y conquistadora:

—Fué el otro día, preciosa; en la plataforma del tranvía. ¿No recuerdas?

Quedó confusa la mujer; pero se repuso al momento, y besando la boca de su amante de aquel día, le dijo risueña:

—Puede que tengas razón. No importa. Tal vez nos hayamos conocido el otro día; pero yo soñaba contigo hace ya muchísimo tiempo...

Las mujeres son un enemigo terrible para los hombres, porque saben como ellos mentir amores, con los que disfrazan las debilidades de la materia.

J. LARIOS DE MEDRANO.

EL TRIUNFO DE LOS OJOS DE ELLAS

Si la mujer al abrir por primera vez los ojos para mirar «al mundo» no pusiera ya, en la expresión de ellos algo artificioso, idealísimo, intencionado, faranduloso...; algo instintivo, quizás superior a ella misma, que subyuga y atrae y domina, no tendría razón de ser en la humana especie. Y es que la criatura hembra procede en todo momento obedeciendo—inconscientemente en muchas ocasiones—a las leyes especiales de su complicadísima constitución moral, de tan difícil estudio y comprensión para nosotros, los varones, que antes se agotaría una vida—la del que lo intentara en serio—que hacer absolutamente suya, hasta la última fibra del corazón la mujer que lograra enamorarle, en el más estricto y preciso sentido de la palabra.

La mujer que menos ame a un hombre, puede, sólo con la mirada, convencerle de que su amor por él llegaría hasta el heroísmo...: hasta el sacrificio... ¡Oh!... El triunfo de los ojos de ellas... «¡Quién supiera escribir!...» para hacer páginas de oro dedicadas a dos triunfos recientes del mirar femenino...

HUEVOS FRESCOS



Ella.—¡No compro más en su puesto porque cada vez los tiene usted más pequeños!

En París acaba de darse el «caso» ruidoso, estrepitosamente, sin que la inmensa mayoría de los que lo conocen haya logrado explicarse lo ocurrido.

Nada tan refractario a la comprensión de una mirada femenina como el severo birrete, la immaculada toga del magistrado en funciones, ¿verdad, lector?... Monsieur Delacroix, excomisario de Policía de París, ha comparecido ante un Tribunal de Justicia a responder del asesinato de M. Dupui, su mejor amigo, a quien mató por celos, convencido de que le engañaba con su mujer, madame Delacroix, una criatura joven, elegante, bellísima, de mirada tan expresiva, que por gozar del encanto de su mirada, un hombre dejó de ser, y otro, por torpeza, ceguera de amor, celos infundados—según ella—, se sentó en el banquillo de los acusados.

Madame Delacroix fué a declarar, y con los bellos ojos fijos en los jueces, decía ingenua, candorosa, infantil, que fingió el engaño, que jamás había faltado a sus deberes, que el supuesto amante era inocente como ella...

—Y ¿por qué lo fingió usted?—le preguntaron.

—Por gusto—contestó—. Por ver furioso a mi marido. Se moría de celos cuando yo miraba a otro hombre que no fuese él. Jugaba a «los celos».

Y al hablar así miraba con tan extraño ahinco a los juzgadores, que alguno de ellos entornaba los ojos, cometiendo, quizá *in mentí*, el horrible delito de dejarse vencer por la mirada de la testigo en aquel lugar donde no debe haber hombres, sino sacerdotes de la Justicia. Madame Delacroix, más encantadora que nunca, convencida del mágico poder de su mirada, abandonó la sala, llevando entre sus párpados la redención de Satanás. Y M. Delacroix salió absuelto. ¿Gracias al triunfo de unos ojos de mujer..., prometedores de un nuevo delito, que no habrá de cometer?...

Si tal promesa hubiera hecho, bien hecha hubiera estado, por dos razones: la primera, la gran razón, por evanescerse una vez más del constante soberano triunfo de sus ojos...; la otra, por compensar al expolicia de su inconcebible torpeza... ¡Olvidarse de la habilidad tantas veces demostrada por él en su oficio y dejarse cazar como un ratonzuelo por los incomparables hechiceros ojos de madame!... ¡Pobre Delacroix!...

Quando estas cuartillas lleguen a Madrid es posible que el «caso» se haya dado otra vez. Por eso, al empezar, decimos dos. Nos alegráramos.

¿Cómo mirará madame Caillaux al Tribunal que estos días la juzga por haber dado muerte a M. Calmette?... Los más viven en la creencia de que saldrá absuelta. Y ¿por qué no?... El hombre se equivoca con demasiada frecuencia cuando una mujer le mira, aunque sea por curiosidad. ¿Padeció esta equivocación el difunto periodista?... ¿Por qué no suponerlo, dada la hermosura de los ojos de su matadora?... ¡Son

tantas y tan grandes las flaquezas de nuestro espíritu!...

Además, en este caso, más que en el anteriormente citado, el Juez quizá pueda y deba dejarse influir por la expresión de la mirada de la declarante. Madame Caillaux, con los ojos arrasados en lágrimas, ha dicho que cometió su delito para evitar que un día sus hijas se avergonzaran de mirar a su madre, que antes que esposa era mujer y susceptible de enamorarse, como ocurrió, de un hombre rendido por sus ojos; secreto éste de su corazón, que únicamente ella podía revelar, y que por inmiscuirse un extraño en lo que sólo a ella interesaba, hizo lo que hizo... Los ojos de madame Caillaux al hablar decían, además, a los jueces, que no estaba arrepentida de su crimen.

¿Se leerá ahora, ante el público de París ávido siempre de emociones fuertes, un veredicto de culpabilidad, una sentencia condenatoria?...

Si tal cosa ocurriera, ¡cómo quedaría grabada en las pupilas, en el corazón de esos jueces, la estupenda, suplicante, amorosamente maternal expresión de los ojos de la matadora de Calmette!... En el martirio que ese recuerdo les produciría, habría de consistir el más grande triunfo de los ojos de esa mujer, que, pudiendo quizá, no haya querido decir a nadie aun por qué mató.

ALVARO GARCÉS.

París, 25-7-914.

Un amante de la liga... antituberculosa.

Con motivo de la fiesta simpática de las flores, varias lindas señoritas, luciendo ricos mantones o las mantillas airosas que con tanta sal se ponen las *gatitas*, han logrado obtener para los pobres muchos miles de pesetas; pero es preciso que conste, que en tan laudable tarea, su gloria les corresponde también a los estudiantes, que tocando *pasodobles*, *tuesten*, *scoitish*, *garrotines* y algunas *piezas* mejores, han coadyuvado al festejo con un entusiasmo enorme.

Yo conozco un mozabete, de los que llevan el nombre de estudiante de Derecho, pero que *de hecho* no es, porque siempre falta a clase, que es entusiasta del *toquen*, y tocando el organillo, delante de los balcones, sacó bastantes pesetas; pero no queda conforme y dejando el organillo todas las calles recorre, pagando cuantas rositas en los ojales le ponen.

EN LA ZAPATERÍA



El zapatero.—¿Ve usted cómo ya no tiene arrugas?

Ella.—¡Ay, es verdad; en cuanto me los he puesto se ha estirado la piel! ¡Qué estirada!

El (orgulloso de haber convencido a su cliente). ¡Dígame usted a mí!

Cuando fué a ver a su novia el estudiante a la noche, se empeñó en que le aceptara aquella todas las flores que llevaba en los ojales y en los bolsos a montones, empleando para ello modales nada conformes con el respeto que debe de guardársele a una joven; pero la chica asustada de cantidad tan enorme, e indignada por las formas descorteses, le responde: —Déjame, que de ese modo no quiero que me des flores.

EDUARDO TUR.

PABLO CUESTA Encargado en Madrid de la venta de EL VIEJO VERDE

TRES CRUCES, 4 (tienda)

Reparte toda clase de periódicos y revistas

Memorias de una comadrona

—¿Cómo se presenta el parto?—me preguntó.

—¿Quiere usted que hable francamente?

—Sí.

—Pues la verdad. ¿Para qué andar con rodeos?... El parto se presenta muy mal...

El pobre hombre bajó la cabeza anonadado, e instintivamente llevóse el pañuelo a los ojos, procurando restañar un reguero de lágrimas que pugnanaban por salir. Yo le contemplaba profundamente emocionada, sintiendo también deseos de llorar. Luego dije:

—¿Se siente usted con fuerzas para presenciar la operación?

—No, no — dijo —; no sería capaz de resistir hasta el fin...

Era un hombre como de cincuenta años; alto, seco, sobre quien el sistema nervioso debía de ejercer una influencia extraordinaria.

—Bien — dije — quédese usted aquí, y si los gritos de la paciente le mortificasen demasiado, procure usted distraerse o taparse bien los oídos para no oír...

Y le dejé sumido en esa espantosa perplejidad del hombre que quiere y no se atreve a ser testigo de un drama.

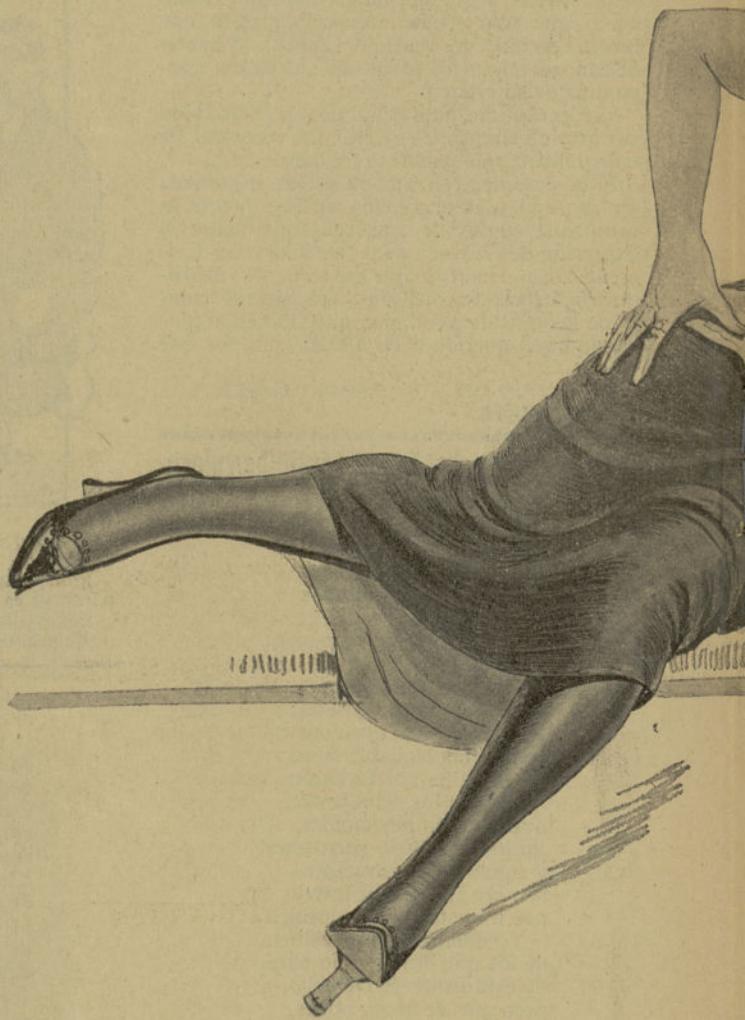
El parto fué terrible; duró más de cuatro horas, y, a pesar de mis sagaces precauciones de comadrona vieja, no pude evitar la hemorragia; el feto se presentó muy mal, la madre no me ayudó y momentos después de extraer la criatura vi sobre el rostro de la enferma las señales de la muerte, que iba acercándose a grandes jornadas. ¿Qué hacer?...

Me acerqué al lecho y cogí como en señal de despedida, una de las manos de la joven.

—Sí — murmuró muy quedamente —; ya sé que me muero, adiós...

Aquellas palabras que parecían envolver para mí un amargo reproche, me lastimaron horribilmente.

—¡Oh, no! — exclamé —: usted no morirá...



¿Qué les parece a ustedes? Juego más de m

¡Qué mala p



Demetrio

medio billete a la lotería y no me ha tocado.
a pierna tengo!

Era hermosa; con sus ojos grandes, inmovilizados ya por los primeros amagos agónicos, su nariz aguileña y su rostro alargado por la lividez de las mejillas.

Era imposible atajar la hemorragia; la sangre iba escapándose y con ella la vida. De pronto, la paciente entreabrió los párpados, musitando:

—Antes de morir debo decirle que ese niño no es de mi marido...

Hubo un instante de silencio, durante el cual resonó en la habitación contigua la voz del esposo, de don Pablo, que preguntaba:

—¿Puedo entrar ya?

La enferma prosiguió:

—No es de mi marido; es... es...

Y no dijo nada más: quedó con los labios entreabiertos, los párpados inmóviles, muerta...

Después se desarrolló una escena espantosa. Don Pablo, poseído de un dolor frenético, se echó al suelo, retorciéndose los brazos.

—¡Yo la maté, yo la maté!— decía:— Yo la maté, obligándola a ser madre...

Yo agoté todas mis razones para calmarle; imposible... y continuaba repitiendo con un ahínco de monomaniaco:

—¡Soy un asesino, yo la maté!... ¡Soy un asesino, un asesino!

Aquello duró cerca de una hora; luego se sentó sobre una silla mascullando siempre la misma frase: «Yo la mate; soy un asesino...» Entonces, temiendo que se volviese loco, me acerqué a él, diciéndole en vez baja, dulcemente:

—No; usted no la mató; usted no es responsable de su muerte...

—Sí; yo fui, yo solo...

—No; se engaña usted, se equivoca usted...

El me miró perplejo.

—¿Cómo?—dijo.

—Porque yo sé, me consta... por confesión de la misma madre, que ese niño...

—¡¡Qué!!...

—No es hijo de usted.

Don Pablo lanzó un grito y cayó hacia atrás, desvanecido.



La que está acostada.—Sí, chica; yo no veraneo en esas playas tan caras. Eso queda para las mujeres que ocupan buena posición.

La otra.—¿Más buena posición que la tuya?

Después he pensado que tal vez procedí indiscretamente revelando el secreto de la muerta; pero, si a tanto me atreví, fué por ahorrarle al pobre viudo el remordimiento de un homicidio de que no era responsable.

¿Hice mal?...

R.

Bienaventurados los mansos.

No se hablaba de otra cosa.

La circunstancia de haber sido la protagonista del suceso la hembra más garrida, a la vez que más incapaz, al parecer, de cometer el más pequeño desliz amoroso, hizo que, durante algún tiempo, aquél fuera el tema de todas las conversaciones.

Llevaba próximamente un mes el Sr. Nemesio de encontrarse ausente de su casa ocupado en la compra de pieles, y no dejaba un solo día de tener carta de su *mujercita* (como él la llamaba), en que le decía, entre otras cosas, que no podía vivir sin él; que no sabía las ganas tan grandes que tenía de estar a su lado, etc., etcétera.

Si no hubiera sido porque el buen Nemesio al salir del pueblo dijo a los amigos que el viaje duraría dos meses, y él era incapaz de hacer lo contrario de lo que decía por creer que esto, que él llamaba falta de palabra, venía en desprestigio de su negocio, hubiera aprovechado

algún día festivo para dedicárselo en cuerpo y alma a su Antonia.

En cambio, ella que le daba mucho miedo encerrarse de noche sola, pensaba el medio de encontrar lenitivo a sus temores en la prolongada ausencia de su marido.

La casualidad se puso de su parte al recibir una carta de su primo Sisebuto, en que le anunciaba su próxima llegada para restablecerse de una enfermedad, a la vez que tener la alegría de pasar una temporada al lado de parientes tan queridos.

Tentada estuvo Antonia por comunicarle la ausencia de su marido para que retrasara su viaje; pero esta idea no prevaleció.

El día anunciado se presentó el primo, y no hay para qué relatar la alegría con que mutuamente se vieron al cabo de largos años de ausencia.

Sólo diré que desde aquel día Antonia se convirtió en madre cariñosa y solícita de su primo: le acompañaba en sus paseos a la montaña; le daba, con una puntualidad rayana en la exageración, los alimentos y medicinas.

Como todo tiene un término en esta vida, también lo tuvieron los deseos de Nemesio el día que hacía los dos meses de su viaje.

Sin siquiera avisar su llegada se dirigió corriendo a la estación temeroso de perder el tren que había de conducirlo a Alcantarilla.

A la una de la madrugada entraba en su casa dispuesto a saborear la impresión que aquella inesperada visita había de causarle a su mujer.

Abrió con gran cuidado la puerta, y conteniendo la respiración subió la escalera, atravesó varias habitaciones hasta llegar a la que le servía de dormitorio, en que Antonia, cumpliendo la orden del médico, aquella noche estaba muy ocupada haciendo sudar a su primo, y rompió el mutismo con un cariñoso ¡*mujercita mía!*

Un frío mortal invadió el cuerpo de los primos al oír estas palabras; pero ella, que momentáneamente se dió cuenta de lo difícil de la situación, le contestó balbuciente:

—¿Qué quieres, Nemesio?

—Yo...

—Bueno, hombre, desnúdate; pero no enciendas luz, que estoy con un dolor de cabeza que me tiene loca.

—Ya estoy; hazme un *latco*, que vengo medio helado.

Después de un rato en que el silencio y la obscuridad habían sido los mejores intérpretes de los deseos de Nemesio, al dar una vuelta tropezaron sus pies con algo que le llamó la atención, y no pudiendo por menos de exclamar:

—Oye, Antonia, ¿cuántos estamos?

—¿Qué ocurrencias tienes. ¿Cuántos vamos a estar? Dos: tú y yo.

No se quedó satisfecho con aquella contestación, y se propuso investigar la verdad.

Primero, con los pies, fué explorando, a la vez que repetía la misma pregunta que antes, obteniendo idéntica respuesta,

Entonces, fuera de sí, dijo a su mujer, a la vez que cogía sus piernas:

—Ahora verás: una y dos más; una y dos más; una y dos... ¿de quién son?

Repitió esta pregunta otras dos veces, y a la tercera, el primo, que estaba dispuesto a todo, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡¡*Miaaaaas!*!

Entonces Nemesio, en vez de seguir el camino de Otelo, se limitó a decir con énfasis:

—¡Me alegro que estés ahí, Sisebuto, para que tu prima vea que yo nunca digo una cosa por otra.

Y a los diez minutos dormía como... lo que era.

Julio, 914.

EL PEQUEÑO DE LA CASA.

Los anuncios telegráficos.

Desde el próximo número se cobrarán en especies, consistentes en leche, carne, pan, arroz, garbanzos, huevos, etc., etc., que dedicaremos a los hospitales.

Las diez primeras palabras serán el equivalente de dos docenas de huevos o 1.500 gramos de carne fresca; cada palabra más cuesta un huevo.

NOTA. Como nosotros no estamos al corriente de los precios en el mercado, esperamos de la caballerosidad de los señores anunciantes que nos avisarán oportunamente, si por una casualidad les bajaran la carne o los huevos, o las dos cosas. Respecto a la leche, no hacemos ninguna advertencia, porque estamos convencidos de que nuestros anunciantes son personas de buen carácter. Si el anunciante es una mujer guapa, ¡la haremos cada rebaja!...

LA DIRECCIÓN.

EL AMOR Y EL INTERES



Tengo que pagar en Casa de la Juana tres vestidos. Bien; me han citado para esta tarde: mi Pepe, que no tiene un real, y el asqueroso de D. Cenón, que tiene muchos billetes... ¡Pobrecito Pepe de mi alma, qué tarde vas a pasar sin mí!



Parisiana.

La Empresa de Parisiana puede estar satisfecha. Cada vez está más concurrido por un público selecto sin tiranteces de etiqueta. Mujeres guapas en el escenario, en el público y en el restorán.

Un cartel en el que figura esa majadería de maestro de baile Wiliam Corbert y *nenas* como Mar-rú, Miralles, Amalita Escacena, Musetta y otras. En fin, lo agradable y lo práctico reunidos, agradable, porque tiene mucho de bueno y práctico, porque cuesta muy poco dinero, y, ¡qué demonio, a quién le amarga un dulce!

Ciudad Lineal.

Sostiene, como siempre, la aristocracia de su rango, ¿Que si tiene mucho de bueno? No hay mas que tener en cuenta que, a pesar de estar un poquitín lejos, cada día es más concurrido por ese público de buen gusto, que es un complemento del espectáculo. ¡Qué mujeres, santo Dios! ¡Qué bellezas más categóricas! ¡Y qué hombres!

(Esto lo dice una amiga nuestra, ¡joj!)

Paraíso.

Sigue bueno, gracias, y con una italiana que nos ha hecho pensar en el crimen, con las agravantes de premeditación, allanamiento de gabinete, nocturnidad y abuso de lo que ustedes quieran.

Los Jardines.

No sabemos nada; nos acostamos muy tarde; pero no sabemos una palabra. ¿Qué le vamos a hacer?

FIORY



Bailarina italiana de las que producen una especie de hormiguillo que... ¡vamos, no es cosa que se pueda explicar fácilmente, como no se diga entre amigos!

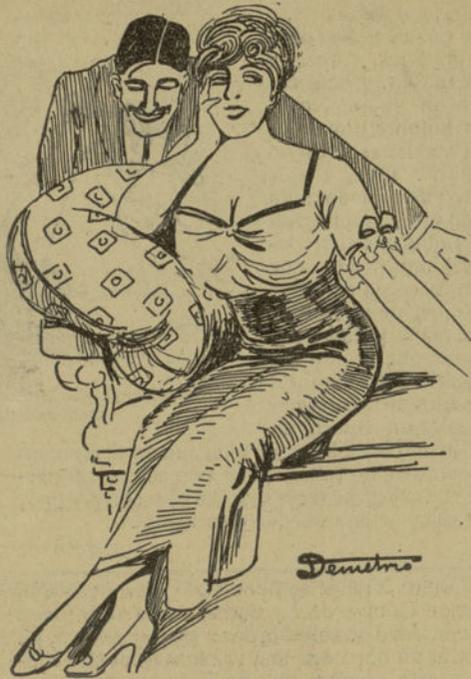


Ella.---Pero, ¿es que veranea usted solo? ¿Y su señora?

El.---Se empeñó en quedarse en Madrid con un primo suyo, que es tonto; así es que allí la tiene usted, aburrida seguramente.

Ella.---Entonces, cualquier día se viene hacia acá con el tonto.

El.---¡Por mí, se lo puede dejar allí!



EL (insinuándose).---Espero, feísima Julia, que visitará usted mi quinta de Avila; pondré a su disposición un caballo precioso para cuando hagamos excursiones.

ELLA.---Tal vez vaya; pero en tal caso no quiero un caballo; prefiero que tenga a mi disposición una pollina.

UNA CARTA DE MUJER

... Nunca sabrás cuánto me cuesta contestar a tu carta. No es que renueves en mí dolorosas memorias; es que al fijarlas para escribirte, caigo en la cuenta de que son memorias de cosas pasadas, cuando mi pensamiento no sabía diferenciar el recuerdo de la esperanza. De un largo amor que vive la vida entera del amor; con sus torpezas y balbuceos de niño primero, con fogosos arrebatos de joven después, reflexivo y prudente más tarde; al cabo, fatigoso, desengañado, para morir como viejo, con cualquier pretexto más que de enfermedad; de este completo amor sólo puede quedarnos el recuerdo que de los muertos queridos nos queda. Pero un amor que no ha envejecido ni ha muerto en nuestro corazón, un amor juvenil que sin tristezas ni desengaños ni cansancio huyó de nuestro lado, ¿cómo recordarlo sin que el recuerdo acaricie como una esperanza? Pasó... ¿para siempre? ¡Si era todo vida y juventud! ¿No le quedará vida para volver? ¡Dices que se acuerda de mí! ¡Como que asegura con su risa burlona, esa risa que parece el llanto de los que no pueden llo-

rar, que ha sido uno de los amores más largos de su vida! ¡Ocho días! Una eternidad para él, cuenta los días por los amores. ¡Pobre amiga mía! ¿Crees seriamente que no es D. Juan tan temible para los hombres ni para las mujeres como pregona la fama escandalosa de sus aventuras? ¿Dices que en esa ciudad no ha dado muerte a nadie ni ha enloquecido a ninguna mujer? ¿Y si al final fueras tú la enloquecida, y tu digno esposo y señor el muerto? No burles con D. Juan, no halagues tu vanidad de mujer juzgando que puedes humillarle y vengar con su humillación a cuantas infelices fuimos víctimas tuyas. Don Juan lleva en su alma todas las energías del hombre y todas las sutilezas de la mujer. En su alma ve reflejada la nuestra como en un espejo. Quieres fingir con él, y ganándote por la mano, antes de que tú lo ores, llores; antes de que le pidas celos, te da satisfacciones; antes de que tú puedas aparentar un dolorcillo de cabeza, te obligará a velar a su cabecera toda una noche, porque desenchajado y convulso te dirá que ha tomado un tósigo. Con él no es posible prevenir quejas ni caricias, resistencias ni favores; siempre apercebido, te desconcierta, te enloquece, y en una hora jura y golpea como un ru-

fián, y suspira madrigales como un trovador, y te acobarda, y se postra a tus pies, y blasfema, y reza, y ríe burlón, y llora como un niño... No es un hombre, no; no es un amor; es todo el amor... Desde que huyé de mi lado, a mi lado está siempre, rival de todos mis adoradores, impidiendo que un nuevo amor borre su amor de mi memoria. ¿Qué podrán decirme que él no me dijera? Cada uno de los que me enamoran es sólo un aspecto de D. Juan. Huye, huye de él si aun es tiempo; no le conoces, no sabes quién es... Ya ves, al darme sus señas me dices que sus ojos son negros... Yo estoy segura de que eran azules.

J. B.

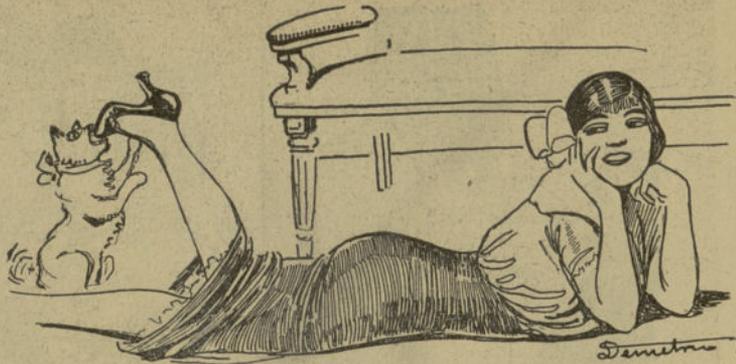
EL VIEJO VERDE se pone serio para decir que Ramón Gómez de La Serna, ese escritor joven por la edad y antediluviano por el talento, ha escrito un libro que una vez más pone de relieve a este escritor que se impone como una afirmación, como un mazazo. El libro se titula *El Rastro*.

EN EL RETIRO



La cupletista y el bastón de borlas.
(Jeroglífico).

EN LO QUE ESTAN PENSANDO SIEMPRE



Juanita.—¡Y dale, minina, acabarás por romperme el zapato! ¡Siempre haciendo daño! ¡Qué ganas tengo de que te cases!

EPIGRAMAS

Hace poco don Antón, que es un viejo setentón, se ha casado con Amada, una muchacha delgada hasta la exageración. Preguntando ayer Teresa, que gran cariño profesa, a don Antón por su esposa, dijo: «Aunque creas otra cosa ya se va poniendo gruesa.»

Es Josefa Ruiz García en amores desgraciada, y ha poco a Soler decía se encuentra desesperada y monja se metería. —¿Que ahora tú quieres ser madre?— gritó asombrado Soler—. ¡Para madre poder ser hay que contar con el padre!

Ha comprado dos caballos para el coche de alquiler, el auriga Juan Ceballos en la feria de Alcocer. Muy contento me decía: —Siempre estará listo el coche; pues si uno tira de día, el otro tira de noche.

FRANCISCO Y FLORENCIO BERNAL.

Un individuo se encuentra en la calle con un amigo, al que su mujer le es infiel, y sostienen el siguiente diálogo:

—¿De dónde vienes, Pérez?
—Chico, de comprar un vestido para mi señora.

—¿Y cuántas varas has tomado?
A lo que contesta cándidamente:
—Diez, porque en estas cosas soy partidario de pecar más bien por exceso que por defecto.



Retratos que nos ha remitido una lectora de EL VIEJO VERDE para que se los publiquemos.
Queda complacida nuestra mórbida lectora.

QUISICOSAS

Un beso por la mañana
y otro beso por la tarde.
¡Jesús, qué noche tan larga!

Ojos como aquellos ojos
no he de volverlos a ver;
quien se esté mirando en ellos
mala *puñalá* le den.

Mírala cómo se azora;
tiene que bajar la vista
si la miro cara a cara.

Entre mis brazos te tuve
mientras tu madre dormía,
y aun te estaría mirando,
si durmiese todavía.

¿Dónde vas, mala mujer?
¿No sabes que ha de seguirte
la sombra de mi querer?

No pases por ver la hora
en el *reló* de la torre;
el *reló* que tú camelas
te advierto que ya no corre.

Me ha pasado contigo, vida mía,
lo mismo que al ladrón que descerraja
afrontando peligros una caja,
y la encuentra vacía.

Por mucho que lo juren, jamás creas
en el valor de aquel que no ha luchado
ni en la virtud de las mujeres feas.

Al mirar las señales tan recientes
que tienes en tu cuello alabastrino,
por más que le doy vueltas, no adivino
cómo has podido en él clavar tus dientes.

Váyanse ustedes acostumbrando a la idea de
que nuestro número extraordinario será una
cosa estupenda.

Imp. de "El Mentidero, --Carrera de San Francisco, 13. --Madrid.



Otro de los retratos.

... ANUNCIOS TELEGRÁFICOS ...

Cinco céntimos palabra.

Se traspasa huevería por no poder meter el género por ninguna parte.

Hacen falta camareras guapas y bien vestidas, que tengan siempre las rodillas muy limpias.

Señora viuda de veintinueve años, guapísima, se ofrece como modelo de pintor, escultor, dibujante, banquero, etc., etc...

Qué duda cabe que al casarse se unen dos almas?; pero es de advertir que casi siempre se rompe algo. Comprad la vajilla en «La Salse-
ra Azul», Tres peces, 110.

Maridos engañados: ¡No hacer caso, que Dios las castigará! Leyendo la *Filosofía cómica*, de Fernando Luque, encontraréis el lenitivo a vuestra pena, porque *sus vais a reir las tripas*.

El becerro mate: En mi casa se vende el mejor calzado de señora; la mujer que diga que no ha salido bien calzada de mi casa, no dirá la verdad.

Pepe mío: mañana recibirás carta de tu nené. Tengo ganas de tener en mi poder la tuya.—
Lola.

Tenemos una plaza para sirvienta; pero tiene que ser doncella.

Toda la noche desvelado, acordándome de tus encantos, ¡figúrate!—Luis.

Señoras! Para el endurecimiento del pecho, no hay como las almendras garapiñadas de Castro Urdiales, es lo mejor para el endurecimiento (no sirve para los caballeros; aquí no se engaña a nadie).

**PARA TRABAJOS COMERCIALES, TAR-
JETAS, MEMBRETES, FACTURAS, EN
LOS TALLERES TIPOGRÁFICOS DE**

EL MENTIDERO
CARRERA DE SAN FRANCISCO, 13

EL VIEJO VERDE

CRÓNICA MUNDANA

SE PUBLICA TODOS LOS DOMINGOS - DIRECTOR: DEMETRIO

Arte, decencia y galantería :: Chismorreo de salones
y saloncillos :: Colaboración de los más notables escri-
tores :: Fotografías de bellezas :: ::

VENTA

Mano de 25 ejemplares... 0,75 cts.
Número suelto... 0,05 —
Idem atrasado... 0,10 —

SUBSCRIPCION

Subscripción en provincias, año. 3 pts.
En el extranjero... 8 —
En Madrid no se admiten subscripciones

ANUNCIOS

Línea del cuerpo 7 en las
planas de anuncios... 0,50 cts.
Media plana... 35 ptas.

Plana entera... 70 ptas.
Línea del cuerpo 8 en las
páginas de texto... 1,50 —

Descuentos por trimestre, semestre y año - Con grabados y fotografías, precios convencionales

REDACCIÓN Y ADMINISTRACION: FACTOR, 4 - MADRID